



# Amistad, Espiritualidad y Apostolado, los tres pilares de Vida Ascendente

*por Javier Pavón*

Sirva de prólogo a las reflexiones que siguen unas palabras, breves pero enjundiosas, del Concilio Vaticano II en el documento D.V. (Palabra de Dios) nº 2: "Dios invisible habla a los hombres como amigo por su gran amor".

"Vosotros sois mis amigos... A vosotros os llamo amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15, 12).

Estas palabras de Jesús encierran la clave para entender y vivir nuestra relación con el Dios revelado en Jesucristo. Podemos afirmar que la amistad con Dios, que nos regala el Padre en la persona de su Hijo hecho hombre en Jesús, es el núcleo de la vida cristiana, la fuente y el motor de nuestra espiritualidad y de la entrega a los demás. Este es precisamente el carisma de Vida Ascendente.

## La amistad humano-cristiana

Si echamos una mirada global al Evangelio constatamos que todo el mensaje, la vida y la actuación de Jesús están marcados por el signo de la amistad. Es el mismo Dios que se hace hombre como nosotros para llevar a cabo su misión salvadora que consiste en entregarse y donarse totalmente a los hombres. En todas las páginas del Evangelio encontramos todos los rasgos de ese amor de amistad. La vida entera de Jesús está movida únicamente por sus dos grandes amores: amor al Padre y amor a los hombres. Nunca actúa por miedo, desconfianza, resentimientos, por presiones o por afán de dominio. Su amor y su amistad funcionan siempre en la forma de Siervo de Dios y Siervo de todos los hombres. La acogida afectuosa, el respeto y la estima a la persona concreta que tiene delante es el primer rasgo del Jesús que pasó por nuestro mundo haciendo el bien y ofreciendo a todos su amistad redentora. Resulta imposible describir la mirada acogedora y amistosa de Jesús dirigida a cada ser humano sencillamente porque es la misma mirada de Dios encarnada en él. Así miró al joven que se acercó a él buscando orientación y sentido para su vida. "Fijando en él su mirada le amó" (Mc 20, 21). A la mujer pecadora que llora a sus pies no le hace ningún reproche: "Yo no te condeno, tus pecados están perdonados, vete en paz" (Lc 7, 48-50).. A su discípulo Pedro, en el mismo momento en que le traicionó cobardemente, "el Señor se volvió, miró a Pedro y éste lloró amargamente". Jesús se emocionó y conmovió hasta las lágrimas ante personas que se encontraban en situación de sufrimiento. Ante unos ciegos que le piden su curación, "Jesús se conmovió, tocó sus ojos y al momento recobraron la vista y le siguieron" (Mt 20, 34). Al acercarse a María desconsolada por la muerte de su hermano Lázaro: "viéndola llorar se conmovió profundamente y se echó a llorar (...)mirad como le amaba" (Jn 11, 33-35). Jesús quiere el bien de las personas y lo busca: "Al desembarcar, vio una gran multitud, se conmovió porque estaban como ovejas sin pastor y se puso a enseñarles muchas cosas" (Mc 6,33). Esta amistad la manifiesta Jesús de una manera entrañable con las personas por las que siente una predilección especial: "Jesús quería a Marta, a su hermana María y a Lázaro" (Jn 11,5). Aún al discípulo que lo vendió Jesús le llama "amigo".

La amistad se convierte en compasión cuando la persona querida sufre o se encuentra mal. A un leproso que se le acerca y le dice: "Si quieres puedes curarme", Jesús conmovido le tendió la mano, le tocó y dijo: "Quiero, queda limpio" (Mc 1, 40-41). Ante la viuda que llora por la muerte de su hijo único, Jesús se acerca y le dijo: "No llores, y le devolvió a su hijo vivo".



Amistad significa donación y entrega al otro. El amigo se da gratuitamente sin esperar nada a cambio, regala su tiempo, su compañía, sus fuerzas, su vida entera. Jesús aparece en el Evangelio al servicio de los demás, desviviéndose por todos hasta caer extenuado y sediento junto al pozo de Jacob. Vive tan enteramente entregado a los demás que se le ha llamado "el hombre para los demás". No hubo en su vida ni una brizna de interés; fue tal como lo anunciaron los profetas; pasó por nuestro mundo como el Siervo de Dios y Siervo de todos los hombres. Sólo el amor y la amistad a todos mueve toda su vida. "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por todos" (Mc 10, 45). Su muerte en la cruz es un don: "Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente" (Jn 10, 18). La muerte de Jesús en la cruz es el símbolo universal del amor y de la amistad, creados por el mismo Dios. El amor y la amistad de Dios a los hombres manifestados al máximo en Jesús crucificado, precisamente en la cruz alcanza la cima inalcanzable por ningún amor humano. Jesús crucificado es la encarnación de su Mandamiento Nuevo: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado". "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Así es Jesús, nuestro amigo, el gran Amigo de todos los hombres.

Jesús ofreció y sigue ofreciendo su amistad a todos, incluso a los excluidos de la convivencia social y religiosa como eran los publicanos, prostitutas, enfermos contagiosos. Le llamarán "amigo de publicanos y pecadores" (Mt 11, 19; Lc 7, 34). Sin embargo, los evangelistas destacan la amistad especialmente honda y entrañable que Jesús tiene y cultiva con sus discípulos de entonces y con los de hoy, que somos todos los que creemos en él y le seguimos. Jesús nos llama "amigos míos" (Lc 12, 4). Esta amistad es totalmente gratuita, nace como fruto de una elección de Jesús: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (Jn 15, 16). Los eligió a ellos, y hoy nos elige a nosotros, para "estar con él" y para enviarnos a anunciar la Buena Noticia de un Dios experimentado junto a él como amigo: "Subió al monte y llamó a los que él quiso, y vinieron donde él. Entonces constituyó a Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar". (Mc 3, 13-14). Forma con ellos una comunidad, una escuela especial donde Jesús es y actúa como Maestro y Amigo. Poco a poco les va revelando todo lo que él ha recibido del Padre. No tiene ningún secreto para ellos. La fe de los discípulos va creciendo es esta convivencia amistosa con Jesús. A través de su amistad intuyen el misterio de un Dios Padre y Amigo. Jesús les va revelando sus secretos más íntimos en una atmósfera de comunión amistosa. Esto mismo es lo que hoy Jesús Resucitado está haciendo con nosotros en los grupos de Vida Ascendente donde él se hace presente dándonos su amistad y creando entre nosotros comunión y amistad cristiana. A través de su amistad, Jesús les revela el amor de Dios manifestado al máximo en el acontecimiento Pascual. De esta comunión de amistad con Jesús nace una vida nueva, un estilo nuevo: vivir en clave de amor: "Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Vosotros sois mis amigos si guardáis mi mandamiento. Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15, 9-10.12).

## Espiritualidad Cristiana

Este Jesús amigo y sembrador de amistad, creador de comunión amistosa en los discípulos de entonces y en los de ahora, este Jesús, que es el mismo Dios hecho hombre, es la encarnación personal de la amistad y del amor de Dios a todos los hombres. En Jesucristo la relación entre Dios y los hombres queda definida y configurada como una relación de amor y de amistad. Aquí está el núcleo y el corazón de la espiritualidad cristiana.

Gracias a Cristo "el amor que Dios nos tiene ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5). Esta es la realidad más profunda y más valiosa de nuestra existencia cristiana. Nacemos, existimos, vivimos envueltos por la amistad de Dios. "Estar en Cristo", "permanecer en Cristo", es permanecer en el amor, vivir en la dimensión del amor de Dios. Vamos a ahondar un poco más en esta relación amistosa entre Dios y nosotros los hombres, que es el centro y la razón de nuestra existencia humana y de nuestra espiritualidad cristiana. En Cristo, nuestro



amigo y amigo de todos, Dios se nos revela como Amor, como nuestro Abba (Padre) (1 Jn 4, 8). Jesús nos descubre que la realidad más profunda de Dios, su esencia, es amar, donarse a nosotros los hombres por entero, tal cual es, gratuitamente (Tt 3, 4). "En Cristo Dios se ha hecho visible. Cristo es el rostro humano y visible del Dios Amor, Ágape.

Es importantísimo entender y experimentar a la luz de Dios lo que esto significa, porque es el gran don que nos ofrece Dios a todos para transformar nuestra vida de una manera radical. Se trata de pasar a vivir una vida nueva, vivir ya en la dimensión de Dios. Cristo, nuestro gran amigo, pone dentro de nosotros su misma vida eterna. Dios, que se nos revela en Jesucristo como real y verdaderamente nuestro Padre, nos ama tal como somos, pecadores, llenos de defectos e infidelidades; no espera para amarnos a que cambiemos, no tiene que buscar razones para amarnos, sencillamente porque Él es así, todo amos, no sabe hacer otra cosa más que amarnos gratuitamente, sin buscar nada a cambio. Su único interés es que seamos y vivamos felices. Para esto nos ha creado: "antes de la constitución del mundo Dios nos ha destinado en su Hijo a hacernos hijos suyos" entregándonos su misma vida y felicidad.

No nos ama a los hombres para obtener de nosotros su reconocimiento, para que le alabemos y glorifiquemos eternamente. Dios nos ama para hacernos partícipes de su misma naturaleza divina y de su misma felicidad. "En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él" (1Jn 4, 9).

Es importante saber lo que significan estas expresiones: "gloria de Dios", "a mayor gloria de Dios". En la Biblia, la gloria de Dios consiste en que Dios se hace presente al hombre, se pone a su lado como amigo, para librarle de sus males, para salvarle. San Ireneo nos dice con una frase muy breve y concisa en qué consiste la gloria de Dios: "Gloria Dei, vivens homo". La gloria de Dios consiste en que el hombre alcance la plenitud para la que ha sido creado viviendo eternamente feliz. El descubrimiento sorprendente y gozoso de esta amistad insondable y gratuita nos lleva a reflexionar sobre actitudes, formas erróneas y falsas de entender y vivir la experiencia religiosa cristiana en las que todos hemos caído, que desfiguran sustancialmente la realidad de Dios y nuestra relación con él. Muchas personas entienden la religión, las relaciones con Dios, desde la óptica de los mundos de intereses.

Por una parte están los intereses de Dios; a Dios le interesa su gloria: que las personas crean en él, que le alaben, que le sirvan, que le den gloria, que le den gracias, que cumplan su voluntad divina. Esa es la esfera de intereses que, según nuestra mentalidad errónea, Dios busca en su relación con nosotros. Con esa mentalidad hacemos oración, cumplimos los ritos y deberes religiosos, pensando que así Dios se siente "a gusto" recibiendo de nosotros honor y gloria.

Por otra parte están los intereses de los humanos, lo que a nosotros realmente nos interesa: que todo nos vaya bien, tener éxito en todo, que nada ni nadie nos moleste, desterrar de nuestra vida el sufrimiento, vivir felices. Según esta visión de la vida religiosa en clave de intereses, a Dios le interesa poner al hombre a su servicio. Nos impone los Diez Mandamientos y siempre está ojo avizor, con el palo levantado, observando cómo nos comportamos. Si le obedecemos, nos premia; si nos portamos mal nos castiga. Por nuestra parte, los hombres con oraciones, ritos y sacrificios buscamos la benevolencia de Dios, tenerle siempre de nuestra parte. Una vela a Dios y otra al diablo. Más o menos, en eso consiste la religión de muchas personas, una religiosidad natural.

Todo cambia cuando descubrimos que Dios es Amor, que es nuestro Padre entrañable, que es nuestro Amigo, que lo único que le importa y le interesa somos nosotros, entregarse y donarse a nosotros por entero, totalmente, para hacernos plenamente felices, Nos crea por amor, hemos salido no sólo de sus manos creadoras, hemos salido de su corazón de Padre. De él sólo brota amor gratuito y desinteresado. Dios quiere que cumplamos sus 10 Palabras de vida (Decálogo), "escritas no con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne de nuestro corazón. 10 Palabras de vida que en la plenitud de los tiempos se han encarnado en Cristo, único camino que nos



libera de todas las esclavitudes y nos conduce a la plena felicidad. El mal, las desgracias, el sufrimiento son inevitables en este mundo marcado por la finitud, el pecado y la libertad frágil del ser humano. Dios lo respeta todo, pero ahí está a nuestro lado, presente en todas las situaciones en que nos encontremos "orientándolo todo hacia nuestro mayor bien". Esta amistad, que Dios nos ofrece gratuitamente en Cristo, crea y hace brotar en nosotros lo que los Santos Padres llaman "redamatio": respuesta agradecida de amor y de amistad. Esta respuesta amorosa expresa el deseo más profundo del hombre y su gratitud al verse y sentirse amado de esa forma sorprendente e inefable. Esta "redamatio" define y configura la verdadera relación del hombre con Dios. Esta respuesta amorosa enraíza y coloca al hombre en su sitio, en la verdad ante Dios. Nuestra relación con Dios queda distorsionada cuando está inspirada por intereses personales como pueden ser el miedo, la desconfianza, el egoísmo... Sólo el amor establece la verdadera comunión con un Dios que viene continuamente a nuestro encuentro como Padre y como Amigo. Por otra parte, este amor, esta amistad que no es conquista de nuestra voluntad, no es fruto de nuestros esfuerzos. Es un don absolutamente gratuito: "El amor ha sido derramado en nuestros corazones", dice Santa Teresa. "Amor saca amor". "Sabernos amados nos urge a amar". "Cristo murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2Cor 5, 15). Toda la vida cristiana consiste en: "vivir en clave de amor y de amistad nuestra relación con Dios y con los demás". Por eso, la fe cristiana, antes que aceptación intelectual de la revelación, es sobre todo respuesta al amor y a la amistad de Dios. Lo fundamental no es creer verdades sino creer vivencialmente en el amor gratuito, incondicional, de Dios y acogerlo como fundamento de nuestra existencia. Dos definiciones de la fe, una es de San Pablo: "Se de quien me he fiado". La otra es de Job: "Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos" (Job 42, 5). La fe consiste en verme, saberme y experimentarme amado por Dios, abandonarme a ese amor, entrar en esa corriente de la amistad que fluye de él; entender y vivir toda nuestra existencia humana, sin excluir ninguna parcela, como una historia fascinante de amor y de amistad en la que Dios Padre y Amigo es el protagonista principal y nosotros somos protagonistas colaboradores. Esa es nuestra vocación cristiana a la que estamos seriamente llamados todos los hombres.

A la luz de la Palabra de Dios y a la luz del Espíritu Santo podemos afirmar que sólo el amar fundamenta, orienta y vigoriza nuestro caminar hacia la comunión con Dios. Cuando este amor es vivido desde la clave y la dinámica de la amistad, nuestra relación con Dios adquiere un talante especialmente entrañable, hondo y fascinante; hace vibrar nuestro ser entero, llena nuestro corazón de ilusión y de esperanza, nos sienta en el banquete del Reino de nuestro Padre y Amigo. En una palabra, nos convertimos en enamorados de Dios, como él lo es de nosotros. Esto es precisamente la espiritualidad cristiana, la segunda columna de Vida Ascendente. Pienso que podemos afirmar: las tres facetas de Vida Ascendente son como las tres caras de una misma realidad. Dicho de otra manera, tal vez más exacta: la espiritualidad y el apostolado son dos ramas que brotan y se alimentan de las raíces y tronco del amor que Dios establece gratuitamente con nosotros y entre nosotros.

Lo primero es sabernos y experimentarnos apasionada y gratuitamente amados, tal como somos, por un Dios manifestado en Cristo como Amor, como nuestro Padre y nuestro Amigo. Jesucristo amigo entrañable, amigo único que ha llevado su amistad hasta el extremo de dar su vida en la cruz por amor a nosotros.

Jesucristo, centro único de mi vida; a mí, que soy un pecador, me regenera, me recrea, me hace una criatura nueva, hijo y amigo de Dios. Aunque algunas veces no lo sienta (tampoco lo sintió Cristo en algunas ocasiones), la realidad profunda y gozosa es que somos amados por Dios con amor entrañable y eterno, siempre y en todas las situaciones en que nos encontremos. Soy precioso a sus ojos; me ama hasta la locura de "no perdonar a su propio Hijo, lo entregó a la muerte de cruz por amor a mí". Esta es la gran verdad que Dios nos pone al alcance de la mano.

Es absolutamente cierto que somos amados por Dios de una manera única y fascinante, pero poseer y disfrutar este tesoro inmenso del que depende toda nuestra felicidad ahora y para siempre está condicionado a nuestra respuesta de fe, a nuestro sí a la oferta de Dios, a que nos dejemos guiar por el



Espíritu Santo para experimentar y sentir por dentro que verdaderamente somos amados apasionadamente por Dios, que somos hijos y amigos de Dios. Sin esa aceptación agradecida en la que actúa y se implica todo nuestro ser, ese inmenso tesoro de la amistad de Dios no nos sirve para nada. Esa es precisamente la segunda faceta del carisma de Vida Ascendente: la espiritualidad, la vida cristiana que fundamentalmente consiste en sabernos, sentirnos y experimentarnos queridos por Dios, habitados por Dios, y en nuestra respuesta agradecida, dada también en clave de amor y de amistad. Además esto tiene un efecto terapéutico insospechado. Sin esto todas las medicinas y terapias son parches, flor de un día. Para vivir la propia vida de forma sana el ser humano necesita sentirse amado y querido incondicionalmente por alguien. Amado no por sus méritos, por sus cualidades, por lo que tiene, sino sencillamente por lo que es: una persona humana. La falta de esta experiencia básica es lo que distorsiona y destruye la vida de muchas personas. No se sienten amados, les falta el estímulo y la fuerza motriz para crecer como persona.

La fe y la confianza en el amor incondicional y gratuito de un Dios manifestado en Jesucristo como Amor, como nuestro Padre y Amigo es la experiencia fundamental, básica cristiana que podemos formular así: Yo soy amado por Dios no porque soy bueno, ni porque tengo buenas cualidades y méritos, ni porque soy santo y no tengo pecados; soy amado por Dios porque Dios es así: Amor, Ágape, es mi Padre, autodonación total, me ama incondicional y gratuitamente. Y esto no son sólo palabras o deseos de Dios, esto es una realidad demostrada y manifestada al máximo en Cristo crucificado y resucitado. En esa prueba máxima Dios ha hecho actuar conjuntamente todo su amor y todo su poder. Nadie puede dar más.

La espiritualidad cristiana vivida así da a nuestra vida un talante festivo y eucarístico. Dios nos ha creado por amor, hemos salido de su corazón de Padre, vivimos envueltos por su ternura (la Biblia habla de la ternura paternal y maternal de Dios), somos guiados por su mano amiga que es su mismo Espíritu que habita dentro de nosotros. Toda nuestra vida es don, puro regalo de Dios. Por eso la vida espiritual cristiana es acción de gracias, respuesta agradecida a nuestro gran Amigo, que al entregarnos a su Hijo único no sólo nos ha dado con él todas las cosas; con él se nos ha donado a sí mismo por entero. No podemos olvidar ni un momento que la filiación y la amistad de Dios que nos ha sido manifestada y regalada en Cristo, por nuestra parte es puro don, pero por parte de Dios se nos ha dado al precio de la sangre de Cristo.

Todo lo que hemos dicho de la amistad entre Dios y nosotros lo afirmamos de una manera especial de Cristo porque él es Dios y al mismo tiempo hombre como nosotros. La iniciativa también es suya: "Vosotros sois mis amigos... no me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros".

La amistad es autodonación mutua. La amistad crea un espacio en el que los amigos se dan mutuamente. En esta amistad Cristo, que es hombre igual que nosotros, como Dios no sólo nos hace amigos suyos, nos hace también lo que es él: hijos de Dios. El amor de Cristo amigo es tan grande que hace por nosotros lo que nadie puede hacer, sólo puede hacerlo él porque es Dios: se hace presente como alimento y bebida en la Eucaristía para estar dentro de nosotros y ser una misma cosa con nosotros. Esta es la gran experiencia de San Pablo, paradigma de toda amistad profunda con Cristo. "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Ga 2, 20-21). "Mi vida es Cristo" (1Co 15, 45). Esta amistad con Cristo nos transforma en hombres nuevos porque nos da la vida nueva de la nueva creación llevada a cabo por él en el Acontecimiento Pascual. Pone dentro de nosotros la vida eterna, que va a llegar a su plenitud cuando cogidos de su mano traspasemos la puerta de la muerte. Esta amistad con Cristo nos libera de la soledad, del abandono, del miedo a la destrucción, de los miedos y temores que con tanta frecuencia nos asaltan: "Sabemos que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús" (2Co 4, 14). "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La angustia?, ¿la tribulación?, ¿la persecución?... ¿los peligros?... En todo esto salimos vencedores gracias a Aquel que nos amó" (Rm 8, 35-37).



## La oración de amistad

Según la Biblia y la tradición cristiana, el camino concreto para avanzar y profundizar en la espiritualidad cristiana vivida en clave de amistad es la oración de amistad que, básicamente, es encuentro y trato íntimo y personal con Dios, vivido como una relación filial y amical con el que es nuestro Padre y Amigo. Escuchemos lo que nos dice sobre la oración Santa Teresa, Doctora de la Iglesia precisamente por su magisterio sobre la oración. Ella define y describe lo que es la oración con una profundidad y precisión inigualables, fruto de su riquísima experiencia ascética y mística: "No es otra cosa la oración sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama". Este Cristo amigo con el que me relaciono íntimamente en la oración es el Hijo de Dios, el mismo Dios hecho hombre. Es un Cristo humano que comparte hasta el fondo nuestra condición humana pecadora. Sigue la santa: "Veía que aunque era Dios era hombre. Por eso no se espanta de las flaquezas de los hombres, entiende nuestra miserable compostura. Puedo tratar con él como con un amigo"... "Es muy buen amigo... es compañía que libera de la soledad y del vacío; es amigo de verdad. Nunca falla. Es fiel. ¿Qué más queremos de un amigo al lado que no nos dejará solos en los trabajos y tribulaciones, como lo hacen los del mundo?... ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado? Nuestra vida cambiaría si aprendiéramos sencillamente a tratar con Cristo como amigo."

Sobre esta oración de amistad Santa Teresa nos dice una cosa muy importante y consoladora: "No está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho". "Tratar a solas con quien sabemos que nos ama. Sabernos amados con amor seguro, que no falla nunca porque para él nada hay imposible. Amor fiel y eterno". Esto es el corazón de la oración de amistad.

"Para esta oración, dice Santa Teresa, no son necesarios grandes conocimientos, ni especiales esfuerzos. Es una oración que está al alcance de todos."... "No todos son hábiles para pensar, todos lo son para amar". Jesús, lleno de gozo del Espíritu Santo, nos dice: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas (del Reino) a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños" (Mt 11, 25-26).

Siguiendo a Santa Teresa, recordemos algunos rasgos característicos de esta oración de amistad.

- 1) Sin minusvalorar la oración litúrgica y comunitaria, la oración es un encuentro íntimo y recogido con quien sabemos que es nuestro mejor amigo: "Tratar a solas con quien sabemos que nos ama".
- 2) El encuentro amistoso de la oración cristiana nos conduce a lo más íntimo de nuestro ser, ahí donde está nuestro yo más auténtico, donde está la conciencia, donde somos habitados por Dios. Por eso esta oración de amistad, que fundamentalmente consiste en un encuentro entrañable con nuestro gran amigo, tiene lugar en lo más íntimo de nuestro ser, en nuestro corazón. Por eso la oración de amistad consiste en "estar con él", "permanecer en él" como repiten frecuentemente San Juan Evangelista y San Pablo. Santa Teresa: "Estábame allí con él". "Estábase sola el alma con su Dios". Es un "estar" que une, crea comunión, vivifica, transforma, hace crecer el amor y la intimidad con el Amigo. Para describir esta oración de amistad Santa Teresa, como también San Ignacio de Loyola, echan mano del sentido espiritual de la vista: "mirar". Mirar a Dios, mirar a Cristo; es decir, caer en la cuenta de su presencia amorosa, volverse a él, "fijos los ojos en Cristo" (Hb 12, 2). Por otra parte, mirar que Dios nos mira, que está vuelto amorosamente hacia nosotros: "Mirándome está".
- 3) Otra nota característica de esta oración de amistad es el carácter alegre y gozoso de los encuentros amistosos. Para Santa Teresa, esta oración es: "Holgarme con el Señor", disfrutar y gozar con el Señor. Al mismo tiempo, Dios disfruta y goza en este encuentro porque está totalmente enamorado de nosotros: "La alegría que encuentra el marido con su esposa la encuentra tu Dios contigo" (Is 6, 25). Santa Teresa: "Viene a holgarse conmigo". Dios se comunica al alma "para regalarse con ella y para regalarla".



4) En cuarto lugar, esta oración de amistad es una experiencia que abarca toda la vida; necesita todo el espacio de vida para expresarse. La prolongación a toda la vida es la prueba de su autenticidad. "El verdadero amante en todas partes ama y se acuerda del amigo". "Recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiera tener oración". La vida entera se convierte en espacio ancho y concreto para vivir la amistad con Dios.

## Testigos de la amistad de Dios

La tercera columna sobre la que se apoya y fundamenta la Vida Ascendente es el apostolado, el servicio de amor (love's service).

La amistad con Dios y con Cristo vivida en el fondo del corazón irradia hacia fuera, nos catapulta hacia los demás, nos pone en movimiento, en camino hacia el encuentro con los demás, como hizo en María, que nada más recibir al Hijo de Dios encarnado en su seno, se puso en camino para servir a Isabel. Esta amistad da frutos abundantes: "Yo os he elegido a vosotros como mis amigos y os he destinado para que vayáis y deis fruto y que vuestro fruto permanezca" (Jn 15, 16). "Llamó a los que él quiso... para enviarlos a predicar" (Mc 3, 13-14).

Los amigos de Dios y de Cristo son por vocación testigos y portadores de la amistad y del amor de Dios en un mundo tan hundido en el odio y en la falta de amor, y por eso tan desgraciado. Jesús en su Evangelio nos hace dos invitaciones a amar. La primera dice así: Este es el Mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado" (Jn 15, 12). Cristo aparece aquí no como modelo, sino como fuente, origen y motor que mueve y lanza a sus discípulos, a sus amigos, a vivir amando y sirviendo a los demás como él lo ha hecho. "Charitas Christi urget nos: la caridad de Cristo nos urge, nos impulsa a pensar que Cristo murió por todos para que ya no vivamos para nosotros mismos, sino para aquel que murió y resucitó por nosotros" (2Cor 5, 14-15).

La segunda invitación: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 24, 40). Cristo aparece aquí haciéndose presente, más aún, se identifica con la persona pequeña, necesitada y sufriente, invitándonos, urgiéndonos a servirla y amarla porque ante todo y sobre todo es una persona hecha a imagen y semejanza de Dios, porque es hermana nuestra, objeto de todo el amor de Dios y porque en ella vemos el rostro de Dios y de Cristo. Es importante ser consciente de que ese amor con el que somos invitados a amar a los hermanos más pequeños de Jesús no nace de nosotros como fruto de nuestros esfuerzos; esa capacidad de amarles es un gran don que Cristo puso dentro de nosotros en el bautismo, lo alimenta y hace crecer en la Eucaristía y demás sacramentos y también en los encuentros íntimos con él en la oración. "El amor ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rm 5, 5). El Espíritu Santo, que habita dentro de nosotros, es como un viento impetuoso que empuja la vela de nuestra barca hacia el amor, el servicio y la entrega a los demás, especialmente a los más necesitados. A nosotros nos toca usar bien la libertad que Dios nos ha dado, poniendo en pie la vela y dejándonos conducir por esa capacidad de amar que Dios nos ha dado y que continuamente está dispuesto a hacer crecer y madurar para que dé mucho fruto. Esta es nuestra vocación cristiana de hijos y amigos de Dios. "Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor" (1Jn 4, 7). Este amor, esta capacidad de amar que Dios ha puesto en nosotros hacia todo ser humano, esa actitud de amistad hacia toda criatura es lo que nos hace vivir en comunión con Dios amigo de la creación entera. "A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios habita en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado su Espíritu" (1Jn 4, 12-13).



La Palabra de Dios nos dice claramente: sólo el amor afectivo y efectivo a los demás es la señal distintiva y determinante de los discípulos de Jesús. "En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros" Jn 13, 35).

Amar y servir a los demás es ponerse a los pies del otro para lavárselos, como hizo Cristo: "Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros" (Jn 13, 15). Es "ser esclavos unos de otros por amor" (Ga 5, 6). "Es estar no como el que se sienta a la mesa, sino como el que sirve". Es llevar sobre las propias espaldas la carga de los demás, la carga de sus sufrimientos y de sus pecados.

Nuestro mundo no es ciertamente un mundo amistoso. Basta con asomarse a las ventanas que nos ofrecen los medios de comunicación. Vemos a los hombres enfrentados, aún dentro de la familia. La violencia que mata, la agresividad que destruye, las injusticias que hunden en la miseria a más de la mitad de la humanidad; los negocios de la droga, la compraventa de mujeres y niños para la prostitución. Hombres y mujeres que no tienen sitio en el corazón de nadie. Gentes que sufren la soledad, el abandono, el aislamiento, la inseguridad. Personas a las que nadie escucha, nadie besa ni acaricia. La ruptura del corazón como consecuencia de unas relaciones rotas entre esposos, entre padres e hijos o entre amigos. Cuando queda insatisfecho ese deseo inmenso de comunicación amistosa que habita dentro del ser humano, la persona sufre, pierde el sentido de la vida, el gozo de vivir y busca ansiosamente la acogida de alguien que le tienda una mano amiga, un corazón que haga brotar de nuevo la ilusión, la esperanza y las ganas de vivir. En este mundo concreto todos los cristianos, todos los miembros de Vida Ascendente, tenemos la misión de sembrar y llevar el amor y la amistad de Dios y de Cristo a todos los hombres para que experimenten la alegría de vivir la vida nueva de la salvación, de la liberación de todo lo que nos hace infelices, el gozo profundo de amar y servir a los demás, de saberse amados apasionadamente por un Dios que se nos ha revelado en Jesucristo como nuestro Padre y nuestro Amigo. Lo más grande que podemos hacer en este mundo es ser amigos de Dios y de Cristo; y llevar el tesoro incommensurable de esta amistad a los demás. Tal vez una de las tareas más importantes de la nueva evangelización consista en llevar a los demás esta amistad que es la mayor bendición de Dios y el regalo más grande del cielo. Sólo los que se saben amados por este Dios Amor manifestado en Cristo Jesús, sólo ellos son capaces de amar como amó Cristo, sólo ellos son capaces de transmitir a los demás el tesoro de esta amistad salvadora encarnada en Cristo Jesús.

Vivimos en un mundo secularizado, descristianizado, sumido en una profunda crisis religiosa. El cristianismo no es ya el marco de referencia ni la matriz cultural de nuestro mundo actual. Van cayendo uno tras otro los apoyos externos que sostenían la religión de muchos. Ya no se puede ser cristiano por tradición o por presión social. Sólo será creyente quien haga la experiencia cristiana como la hicieron los primeros cristianos reunidos en pequeñas comunidades, catequizados y evangelizados por los apóstoles. A partir del Concilio Vaticano II, esto es lo que está sucediendo en la Iglesia actual bajo el fuerte impulso del Espíritu Santo que crea movimientos eclesiales como Vida Ascendente. Hoy existe en nuestro mundo lo que se ha llamado "crisis de Dios". Dios va desapareciendo de las conciencias. Su vacío es sustituido por diversas formas de idolatría. A muchos Dios ya no les dice apenas nada. Poco a poco se extiende la cultura de la increencia y de la ausencia de Dios. Por nuestra vocación cristiana tenemos la misión de ser testigos de Cristo resucitado en este mundo de hoy. En esta tarea no estamos solos. Cristo, nuestro Amigo y Señor, está con nosotros en todo momento hasta el final de los tiempos; por eso la victoria es segura. Somos testigos no sólo de Cristo resucitado, también del Cristo que por amor a todos los hombres ha luchado contra todos nuestros enemigos, incluida la muerte, hasta el extremo de dar su vida en la cruz. Por voluntad del Padre, tanto para Cristo como para todos los que le seguimos, la cruz es el camino momentáneo, pero "necesario" para llegar a la resurrección. Jesucristo, nuestro Amigo y Señor, ha resucitado de entre los muertos, ha sido constituido Señor (Kyrios) de todo cuanto existe en el cielo y en la tierra. Sean cuales fueran los sufrimientos, las dificultades, las persecuciones, los enemigos que nos asedien en nuestra tarea misionera, no temamos, porque Jesús resucitado está siempre con nosotros, a nuestro lado; "porque en todo eso vencemos gracias a Aquel que nos amó" (Rm 8, 37).



Son varias las posturas de los cristianos ante la crisis religiosa de nuestro mundo, donde campea la indiferencia, la incredulidad, el agnosticismo y el ateísmo. Algunos cristianos se deciden a condenar a quienes abandonan la Iglesia. Otros descalifican con dureza a agnósticos e indiferentes intentando demostrar apológicamente lo absurdo de sus posturas. Otros se enzarzan en polémicas o tratan de organizar "la reconquista".

¿Cuál es la postura de los que creen en un Dios que se ha revelado en Cristo como Amor, como nuestro Padre y Amigo?. Lo primero es sentirnos hermanos y amigos. Seamos creyentes, agnósticos, indiferentes o ateos, todos, consciente o inconscientemente, vivimos sostenidos y envueltos por el amor infinito del Padre y Amigo de todos los hombres. Cuando uno se deja mirar y tocar por este Dios, y experimenta su amor y amistad a un nivel profundo, pronto descubre la mediocridad de su respuesta, la pobreza de su fe e incluso la dosis de incredulidad que nos habita a todos. ¿Cómo no voy a entender y compadecer yo la dificultad que sienten hoy tantos para creer en Dios? ¿Cómo no voy a sentirme emparentado con ellos? Esta es la experiencia y la postura de Santa Teresa del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia, experiencia resumida por uno de sus hagiógrafos: "Cuanto más avanza Teresa en la fe, cuanto más se deja amar por el amor de Dios, mejor comprende lo que hay en ella de increencia y, por lo mismo, las tinieblas en las que vive el que no cree que es amado por Dios, ni se sabe querido por él. Por eso ésta es la oración que nace de su corazón: 'Señor, vuestra hija ha comprendido vuestra divina luz. Os pide perdón para sus hermanos'... ¿Acaso no puede ella también decir en su nombre y en nombre de sus hermanos: Tened piedad de nosotros, Señor, porque somos unos pecadores?". Sólo desde esta comunión profunda con los otros es posible el diálogo amistoso, la escucha mutua, el compartir los interrogantes que todos llevamos en el corazón, el confesar sin complejos la fe desde la que uno vive, el anunciar con entusiasmo y convicción el amor de un Dios Padre y Amigo que está siempre a nuestro lado. Sólo desde esa capacidad de engendrar a Dios en las almas desoladas, es posible hoy la evangelización de un mundo dominado en gran parte por la increencia e indiferencia, que vive sin conocer a su verdadero Padre y Amigo.

Frente a la crisis religiosa está la injusta marginación a que están sometidos hombres y mujeres en todos los continentes y de una manera especial en el Tercer Mundo. No podemos vivir la amistad de Dios, Padre y Amigo de todos, ignorando irresponsablemente la pobreza y el sufrimiento, con frecuencia extremos, de tantos hermanos nuestros, miembros de la misma Familia de Dios, que están siendo oprimidos y explotados por los poderosos. No importan que vivan lejos de nosotros. Son seres humanos queridos infinitamente por Dios. No olvidemos que por el bautismo los cristianos somos profetas con Cristo. Al mismo tiempo que anunciamos la Buena Nueva de la Salvación de Cristo tenemos la misión y la necesidad de denunciar valientemente con nuestra palabra y con nuestra conducta esas terribles injusticias que obstaculizan y retrasan el Reino de Dios Padre y Amigo de todos los hombres. Por otra parte, el amor a los necesitados, a los que Jesús llama "mis hermanos más pequeños", es el distintivo determinante de los discípulos de Jesús, la prueba que testifica y garantiza la autenticidad de nuestro amor a Dios. Y según el Evangelio, este amor a los necesitados es el único criterio por el que "al atardecer de la vida, vamos a ser juzgados por el Señor". Podemos meditar estas palabras impresionantes de San Juan (1Jn 4, 20-21): "Si alguno dice: Yo amo a Dios y aborrece a su hermano, ese es un mentiroso, porque quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandato: Quien ama a Dios, ame también a su hermano". La conclusión de estas reflexiones sobre el carisma de Vida Ascendente puede ser esta: el encuentro y trato amistoso, gratuito y filial con Dios Padre y amigo de todos los hombres nos impulsa y catapulta a estar siempre en camino hacia los demás para llevarles el gran tesoro de esta amistad única, inefable y salvadora con Dios y con Cristo.

Este es el Designio salvífico del Padre: con la obra redentora de Cristo, la acción del Espíritu Santo y con la cooperación de todos los creyentes hacer de toda la Humanidad la Nueva Creación, la Gran Familia de Dios donde todos seamos y vivamos como hijos de Dios y hermanos los unos de los otros en la plenitud del Reino de Dios.